

A veces descubrimos la crueldad antes que la bondad.  
Tendemos a interiorizar los cuidados familiares en la infancia.  
Se nos antoja nuevo ese tono, esa mueca, ese empujón,  
esa burla, ese insulto,  
ese abandono, esa insistencia  
en arrebatarlos lo propio  
-ya sea material o abstracto-.

Ese es nuestro primer choque.  
La apertura de ojos ante la violencia.  
La negación ante la idea de que tantos sucumban  
a ese camino  
como para causar guerras y suicidios.

La depresión ante el estado del mundo,  
el hastío, el desconsuelo  
por cada noticia que muestra  
a aquellos mal parados.

La ira ante semejante injusticia.  
El fuego que te recorre  
y de repente comprendes un poquito más  
de dónde vienen los golpes.  
El miedo o las ganas de convertirte en ello.

La disyuntiva que te obliga a elegir permanecer algodón o volverte chumbera.  
La continua duda sobre si deberías escoger la otra,  
si no sería mejor, más fácil,  
menos duro, más justo,  
cambiar de bando.

La aceptación de quién eres.  
En mi caso  
de la bondad que se impone ante las llamas del enfado.  
El abrazo por encima del pinchazo;

el perdón  
incluso a regañadientes  
antes que el destierro.  
Porque prefiero mil veces replantar cada bosque  
que perder otro a manos de incendios.  
Porque prefiero el desierto natural  
al intencionado.  
Porque cada ser debe seguir su ciclo  
y estoy harta de quienes osan ponerles fin sin sentido  
a costa de dinero, odio o diversión.  
Porque prefiero proteger a devolver la bala  
y accidentalmente herir de gravedad  
a quien pasaba sin más.

Este mundo prometía tanto, nos dio tanto,  
que me niego a formar parte del desapego campante.  
Estas retamas son tan bellas como las piñas, las rías,  
las estepas, las ninfas,  
las vides o las zarigüeyas.  
Abre tus aurículas,  
acoge tu savia,  
comparte el cáliz de la compasión  
y recuerda:  
eres humana.